

ALI BEY EL ABBASI, UN INFORMADOR ESPAÑOL EN EL MUNDO ÁRABE

José UXÓ PALASÍ¹

Aproximación al personaje

LA primera vez que tropecé con el llamativo nombre de ALÍ BEY fue en el rótulo de una antigua calle barcelonesa, allá por los muy lejanos años iniciales de la pasada década de los cuarenta. Era un nombre que, en aquel tiempo, yo no conseguía situar entre los muchos que poblaban las páginas de los manuales de Historia que manejábamos en nuestro bachillerato de la época. Pero que me producía, con su indisimulado eco oriental, una inquietante promesa de misterio.

Quise conocer algún dato más concreto sobre él, para mí, desconocido personaje al que se le había llegado a dedicar una calle en la ciudad de mi residencia. Y acudí, ritualmente, a la Enciclopedia Espasa-Calpe como hacíamos cuantos como yo bordeábamos en aquellos años el temido examen de Estado y necesitábamos aclarar tantos puntos oscuros de los programas escolares.

Así empezó mi primera aproximación al personaje.

En el Espasa conocí los datos biográficos fundamentales (aunque con algunas confusiones) de un personaje extraordinariamente sugestivo. Debo reconocer, enseguida, que mi inicial curiosidad estudiantil se vio muy robustecida cuando empecé mi andadura profesional vivida en el ámbito

¹ General de Brigada de Infantería, DEM.

sociológico norteafricano, y a través de las misiones propias del mando de tropas marroquíes y la intervención en Asuntos Indígenas.

Quedé enterado, en aquel texto enciclopédico, de que el español Domingo Badía Lebllich había asumido, para sus proyectos de viaje al continente africano, la personalidad del supuesto príncipe abbasida Alí Bey y que, una vez alcanzado el objetivo de su empresa mantuvo la ficción cuando expuso con detalle la relación de sus proezas y sus andanzas publicando un texto en francés, en 1814, con el título de «*Voyages d'Ali-Bey en Afrique et en Asie, pendant les années 1803, 1804, 1805, 1806, 1807*», que se hizo famoso inmediatamente con carácter internacional.

Como siempre ocurre en este tipo de relatos dominados por la aventura, determinados comentaristas del mismo han subrayado (algunos de ellos con especial encono) lo enigmático que resulta señalar con claridad la frontera, siempre posible, en la que la realidad parece comenzar a entretejerse con la simple leyenda.

No en vano, el autor de los «Viajes» vivió un largo periplo que se desarrolló a través de Marruecos, Trípoli, Chipre y Egipto, cumplió el peregrinaje musulmán a La Meca, y recorrió a continuación Palestina, Siria y Turquía, abarcando un amplio periodo de cinco años, con el talante, el atavío y el boato de un auténtico príncipe oriental que, necesariamente, habría de inclinar sus ideas hacia un mundo de fulgurante fantasía. Era, como poco, un hombre apasionado y soñador, no un robot mecánico.

Por todo ello, las opiniones sobre el *personaje* que nos ocupa alcanzan todas las posibilidades: se le ha calificado de científico, histrión, aventurero y, sin ninguna duda, de valiente.

Puede resultar del mayor interés el conocimiento de la que el propio autor exponía sobre sí mismo en la Introducción de su obra. Decía, literalmente: «*Este libro es del religioso, príncipe, doctor, sabio, xerif, peregrino, Ali Bey, hijo de Othmán, príncipe de los Abbasidas, servidor de la casa de Dios la prohibida*».

Realizada, hasta aquí, una primera aproximación al personaje efectuaremos seguidamente la que puede corresponder al *hombre* que supo encarnarlo con eficacia.

El hombre y su circunstancia

Domingo Badía y Lebllich nació en Barcelona, el 1 de abril de 1767, hijo de don Pedro y de doña Catalina. Su padre era secretario de don Bernardo O'Connor Phaly, señor de Ophalia, gobernador de la Ciudadela de Barcelo-

na, a cuyo servicio directo permaneció durante cerca de veinte años en diversos gobiernos y capitanía generales.

Es un dato muy importante porque dejaría en Domingo una huella vital permanente forjada por la instalación de su infancia en un ambiente familiar muy específico, caracterizado por su inserción en un sector de la población barcelonesa próximo a la aristocracia gobernante y abierto a la influencia cultural borbónica.

Cuando Domingo contaba once años, su padre fue designado para dirigir la «Contaduría de guerra y tenencia de Tesorero del Partido de Vera», en el litoral de Almería, con ejercicio y distintivo de Comisario de Guerra.

En Vera es donde irá moldeándose el carácter especialmente estudioso de Domingo, facilitado extraordinariamente por la coincidencia de que unos pocos años antes se había fundado en esta ciudad una Sociedad de Amigos del País, semejante a las que ya existían en Vascongadas y en Madrid nacidas por una concurrencia de causas y favorecidas por el auge económico de la segunda mitad del siglo XVIII.

Las clases sociales acomodadas de la población se hallaban comprometidas con una excitante empresa. Las ideas enunciadas en un reciente libro de don Pedro de Campomanes embelesaron a los veratenses más ilustrados. Los miembros de dicha Sociedad de Amigos del País discurrieron un ambicioso plan que abarcaba un importante número de aspectos sociales y didácticos entre los que se encontraban la difusión de las ciencias y las artes útiles y el estudio de la historia natural del territorio.

En aquel ambiente propio de la denominada Ilustración, que se extendía imparable por España, Domingo Badía se estaba convirtiendo en un formidable autodidacta que, a los catorce años, gozaba de una merecida fama de muy culto. Tanto es así que, a tan temprana edad, el rey Carlos III le nombra «*Administrador de utensilios de la costa de Granada*».

Domingo constituía así, para los vecinos de Vera, la primicia de una nueva generación más instruida y preparada. Una nueva generación que no dejaba de producir ciertos celos en algún sector de la sociedad española más inmovilista por los peligros morales que podían correr ante la influencia de algunas modas extranjeras. En este aspecto, se hizo célebre una diatriba en la que se señalaba, de forma un tanto exagerada, que «*nuestros niños no sabían el catecismo y ya hablaban el francés*».

Con toda justicia, los asiduos a la Sociedad de Amigos del País le franquearon el paso a sus tertulias; en este ambiente en el que se respiraba una curiosidad universal por los adelantos científicos de la época, Domingo estableció una buena amistad con uno de sus prohombres, Berruezo, a pesar

de la importante diferencia de edad que les separaba. Habría de ser determinante para su futuro personal.

La casa del amigo Berruezo, en Vera, constituía un centro de reunión de interesados en la ciencia. Allí se recibían y comentaban periódicos de Madrid y revistas extranjeras que traían los barcos de cabotaje. Su biblioteca le permitió a Domingo documentarse mejor en álgebra, geometría, física y química y aumentar de esta forma sus posibilidades de autodidacta.

Embarcado, con su primer destino de la Administración, en la carrera burocrática de funcionario del Estado iba a recorrerla con inusitada celeridad. Cinco años después de su estreno en ella, su padre fue trasladado a otro destino en Madrid y Domingo, a los diecinueve años, heredó sus funciones en Vera. Había obtenido la «*Contaduría de guerra y tenencia de Tesorero*» del correspondiente Partido.

Iniciaba una nueva etapa de serenidad en el estudio, de incremento en sus aspiraciones científicas y de estabilidad emocional en su vida particular.

La amistad con Berruezo y la frecuentación de su casa, le habían permitido, por una parte, disfrutar de su biblioteca y, por otra, conocer de cerca y enamorarse de su hija, María Luisa, con la que se casaría pocos años después.

En 1794, cuando contaba 26 años de edad, fue trasladado a Córdoba como «*Administrador de la Real Renta de Tabacos*». Algún biógrafo suyo estima que debió emplear gran parte de su tiempo durante sus años cordobeses en aumentar sus conocimientos en botánica, astronomía, física, meteorología y geografía, de cuyas ciencias mostraría su maestría en los años siguientes.

Es la época en que orienta sus estudios concretos y sus ilusiones científicas al área de la aerostación, se propone fabricar un globo aerostático (en cuya empresa fracasó completamente) y redacta o traduce diversos estudios relacionados con esta especialidad. Aquí dejaremos constancia de algunos de ellos:

- Ensayo sobre el gas y máquinas o globos aerostáticos.
- Traducción de Ensayo sobre la higrometría, de Horacio de Saussure.
- Traducción del monumental Diccionario de las maravillas de la Naturaleza, de José Sigaud de la Fond.

Mantiene una lucha titánica por darse a conocer y conseguir apoyos a favor de la difusión de sus propósitos, sin ningún resultado práctico. Se apodera de Domingo Badía la idea obsesiva de que para prosperar en sus

proyectos es preciso trasladarse a Madrid, por razón de la cercanía al poder.

En 1799, renuncia a su puesto cordobés en la Real Renta de Tabacos y se establece con su familia (esposa y dos hijos) en la Villa y Corte, con la esperanza de ver realizados sus sueños. Aunque la consecuencia inmediata de aquella decisión fue una conmoción desconocida y amarga: la pobreza.

En el ámbito madrileño

De una forma sintética podría decirse que los años de residencia de Domingo Badía en Madrid quedaron marcados por tres acontecimientos singulares que desembocaron en la formulación de un proyecto de viaje científico al continente africano y que fueron el fundamento de su fama posterior como Alí Bey.

Los detallaremos por separado:

En *primer lugar*, es preciso señalar su contratación como empleado en la biblioteca de don Pablo Sangro y de Merode, príncipe de Castelfranco, militar napolitano que había ingresado al servicio de España en tiempos de Carlos III y que, recientemente, había sido designado virrey de Navarra. La biblioteca le habría de permitir continuar su formación en los aspectos que le eran comunes hasta aquel momento e, incluso, extenderla en otros campos.

Su curiosidad se orientó insensiblemente hacia el tema de los descubrimientos geográficos, como consecuencia de la lectura de un libro que acababa de publicar un año antes el explorador Mungo Park, quien a los veinticuatro años había desembarcado en Gambia, por cuenta de la Sociedad Africana de Londres, alcanzó el río Níger y, siguiendo su curso, penetró en las entrañas de un continente desconocido. Perseguía encontrar la ciudad de Tombuctú y las fuentes del Nílo. No lo logró, pero Domingo Badía hizo suyos, desde aquel momento, aquellos sueños de Mungo Park.

Con el impulso apasionado que ponía en todas sus acciones, redactó un «Método de viaje» que contenía las grandes líneas del que habría de ser, en un tiempo inmediato, su muy elaborado proyecto de viaje científico entendido al modo de la Ilustración, es decir, la búsqueda de conocimientos nuevos pensando en la utilidad que los tales puedan reportar a la sociedad, en general.

Paralelamente, había frecuentado los Reales Estudios de San Isidro en los que conoció y cultivó profundamente la amistad con un joven profesor

que simultaneaba la enseñanza del árabe con la dedicación a la botánica. Su nombre era Simón de Rojas Clemente.

Domingo asistió inmediatamente a sus clases de lengua arábica y encontró en él un muy vivo interesado en el desarrollo del proyecto de viaje. Le animaba constantemente para que continuara sus gestiones en el ámbito oficial en solicitud de un apoyo económico que lo hiciese posible.

El *tercer acontecimiento* fundamental, y el más importante de los tres en orden a hacer posibles los sueños viajeros de Domingo Badía, consistió en que a través de los buenos oficios del príncipe de Castelfranco consiguió ser recibido en audiencia por Godoy.

Será bueno, en este momento, hacer un breve comentario sobre la personalidad de Godoy en relación con nuestro tema:

Manuel Godoy y Álvarez de Faria había nacido en Badajoz el 12 de mayo de 1767. Era sólo mes y medio más joven que Domingo y, por ello, coincidentes ambos en la nueva época de la Ilustración y con unas interpretaciones idénticas de sus ideales.

La biografía de Godoy no puede reducirse a una historia de alcoba. Fue un ilustrado muy de su época. Apoyó, en general, a la educación y a la ciencia y fue, en particular, el decidido impulsor que permitió la entrada de las Sociedades de Amigos del País en una vía próspera.

En aquel momento, proclamado príncipe de la Paz con motivo de la de Basilea de 1795 con Francia, Godoy configuraba el rostro del poder.

De sus curiosas Memorias, aunque aceptemos que puedan ser defectuosas y amañadas en ciertos aspectos a la vez que espontáneas y sinceras, como han sido calificadas por algún historiador, es preciso destacar la impresión tan favorable que le produjo la presentación por Domingo Badía de las líneas maestras de su plan de viaje a África y de sus objetivos científicos, mostrando un gesto de creciente sorpresa cuando se le mencionó el nombre de Alí Bey como el del personaje ficticio que facilitaría un viaje sin problemas.

Después de varias entrevistas, Godoy dejó escrito en ellas el siguiente retrato admirativo de Domingo Badía:

«Valiente y arrojado como pocos, disimulado, astuto, de carácter emprendedor, amigo de aventuras, hombre de fantasía y verdadero original de donde la poesía pudiera haber sacado muchos rasgos para sus héroes fabulosos».

En principio, Domingo Badía había ganado su particular batalla. Sus sueños viajeros podrían llegar a ser una realidad gracias al apoyo principesco de Godoy.

De proyecto científico a plan político

Fue el día 8 de abril de 1801 cuando Domingo Badía presentó a Godoy su Plan de Viaje a África. En él, comenzaba exponiendo que el principal obstáculo para la realización de recorridos en África por viajeros no musulmanes consistía en el peligroso rechazo que sobre ellos proyecta el fanatismo religioso local por lo que propone recurrir al ardid de asumir el nombre y el aspecto de un árabe y sujetarse, durante el viaje, a la práctica de todas las oraciones y ceremonias que le sean propias de tal condición. Será el personaje denominado Alí Bey.

El viaje se iniciaría a partir de Fez, por Marrakech y Agadir, para alcanzar San Jorge de las Minas, en la Costa de Oro, (la población de Elmina, en la actual Ghana), después de atravesar el desierto mauritano. Seguidamente cruzaría de oeste a este todo el África Ecuatorial para investigar las fuentes del Nilo. Tardaría unos tres años en completar este proyecto.

Le acompañaría en este viaje su amigo y profundo conocedor del árabe, ya citado, Simón de Rojas Clemente quien adoptaría la personalidad de Mohammed Ben Alí. Era natural de Titaguas (Valencia) donde había nacido en el año 1772. Se había doctorado por la Universidad de Valencia. Podría ser un compañero muy valioso.

Godoy sometió el proyecto a diversas consultas y fue interesándose rápidamente por él, aunque imprimiéndole un giro sustancial que, en el primer momento, disgustó profundamente al futuro Alí Bey.

Se trataba de aprovechar el cometido científico propuesto por Domingo Badía para encubrir determinados designios de política exterior española. El príncipe de la Paz había concebido el proyecto fantástico según el cual Badía se trasladaría a Marruecos como un supuesto príncipe árabe que había viajado largos años por Europa y regresaba a su patria dando una vuelta por el norte de África, siguiendo hasta Arabia para peregrinar a La Meca.

Tendría como objetivo ganarse la confianza del Sultán de Marruecos y persuadirle a aceptar la protección militar de España contra sus enemigos. En caso negativo, ponerse en contacto con éstos y empujar al país a una guerra civil que debería resultar beneficiosa para España.

Para poder realizar sus sueños viajeros, Domingo Badía se veía obligado a aceptar el plan político de Godoy. Sin embargo, el favorito quería mantener la apariencia científica del viaje para alejar cualquier sospecha y, también, como coartada si la conjura fracasaba.

Aceptado así el proyecto, con carácter general, se tomaron las indispensables decisiones iniciales:

En primer lugar, designar al encargado de dirigir y coordinar toda la operación. Fue nombrado para este cargo, que en el lenguaje técnico actual se denomina «*oficial de caso*», el coronel Francisco Amorós y Andeano destinado en la Secretaría de Estado y Despacho de Guerra. Había nacido en Valencia en 1767 por lo que tenía la misma edad que Godoy y que Domingo Badía. Los tres pertenecían a la generación que rondaba los veinte años al producirse la Revolución Francesa y que quedó profundamente marcada por la figura de Napoleón. El coronel Amorós gozaba de la máxima confianza de Godoy y había desempeñado ya algunos altos cargos en la Administración del Estado.

Inmediatamente, ordenar los subsidios financieros oportunos para asegurar, por una parte, una situación económica holgada a la familia de Domingo Badía durante su ausencia y, por otra, un generoso apoyo al personaje de Alí Bey para que pudiera representar adecuadamente su ficción de rico viajero perteneciente a una familia siria que gozaba de considerable fortuna, sin que tuviera dificultades dinerarias en el desempeño de su misión en un verdadero «*escenario oriental*». Este es un punto al que nos referiremos posteriormente en una consideración particular.

Los preliminares de la acción

El 12 de mayo de 1802, Badía y Clemente salieron de Madrid en dirección a París y Londres. Portaban una serie de cartas de recomendación que les permitirían visitar fácilmente, en uno y otro destino, los más importantes centros científicos de ambos países.

Se presentaban como los protagonistas de un proyectado viaje científico y de exploración geográfica al continente africano. Fueron acogidos con simpatía en los círculos relacionados con tales aspectos. En el «*Bureau des Méditations*», que se encargaba por entonces del cálculo del meridiano, les pidieron, incluso, que les proporcionaran el paso del sol y de ciertas estrellas circumpolares sobre el meridiano, a lo largo del trayecto que pensaban realizar.

La buena disposición a colaborar con las instituciones científicas de Francia les granjeó el apoyo de su gobierno que se tradujo en una carta de Talleyrand al representante en Tánger de los intereses franceses en Marruecos instándole a que les prestara las ayudas que necesitaran durante su viaje a aquel país.

En Inglaterra también gozaron una buena acogida, y durante su estancia en Londres adquirieron diversos instrumentos astronómicos que habrían de tener una gran utilidad en los momentos adecuados.

En este punto hay que poner de relieve un dato especialmente curioso. Domingo Badía había estudiado con todo detalle todas las características que debían ser insustituibles en el personaje musulmán de Alí Bey. Una de ellas era estar circuncidado, como es tradicional entre los árabes, y sin dudar, y sin prevenir a Clemente de que iba a someterse a tal operación, lo hizo con la mayor diligencia después de acudir discretamente a la consulta del médico sir Williams Blizard, presidente de la Real Sociedad de Cirujanos británicos.

El paso siguiente consistió en localizar entre los comerciantes de telas orientales a aquel que pudiera vestir con la adecuada magnificencia a un príncipe abbasida y a su noble compañero. Presentaron como explicación de la compra de vestuario exótico que tenían la intención de asistir, con algunos amigos, a una refinada fiesta de disfraces.

Al cabo de un año de estancia en el extranjero regresaron a España a bordo de un bergantín británico que los dejó en Cádiz. Allí recibió Badía un mensaje según el cual debía trasladarse con urgencia a Algeciras donde le esperaba una persona de la total confianza de Godoy. El mensaje insistía en que debía acudir completamente solo a la entrevista concertada y no revelar el hecho a nadie, ni siquiera a Clemente.

El coronel Amorós le aguardaba en el despacho del general Castaños, gobernador del Campo de Gibraltar, quien en dos palabras le hizo un resumen de la situación:

Le recordó el fundamento político de su viaje y la necesidad de alcanzar una buena relación con el sultán de Marruecos o de provocar, como alternativa, una rebelión contra él por parte de algunos aspirantes al trono marroquí.

Le instó a que se trasladara a Tánger a la mayor brevedad posible y que se instalara en dicha ciudad por algún tiempo. Le anunció que él también viajaría a Tánger en un tiempo inmediato con la cobertura de estar gestionando una importante compra de trigo. Los contactos personales entre ambos, durante este tiempo, deberían realizarse con la mayor discreción. Cualquier relación escrita debería serlo por medio de clave secreta que acordaron.

Estuvieron de acuerdo en que Clemente no era la persona adecuada, a pesar de sus méritos, para participar en un viaje tan peligroso. Badía confesó que ya había tomado tal resolución cuando no le previno, en Londres, de que se iba a circuncidar.

Amorós le señaló, finalmente, que el cónsul de España en Tánger y el vicecónsul en Mogador serían los encargados de tramitar sus mensajes recíprocos y de darle la indispensable cobertura económica a lo largo de su aventura marroquí.

Alí Bey en Marruecos

Estancia en Tánger. Resulta realmente asombrosa la descripción de su estancia en esta ciudad marroquí. Desembarcado el 29 de junio de 1803, procedente del puerto gaditano de Tarifa, hizo circular enseguida la historia de su ficticia personalidad, su crianza y educación en Europa y el deseo de instruirse adecuadamente en la religión de sus supuestos padres.

En particular, es llamativo el relato de los interrogatorios que los agentes portuarios sometieron a aquel misterioso personaje, envuelto en una pompa inusual y que hablaba un idioma arábigo distinto del marroquí.

Las liberalidades que le permitían efectuar su bolsa bien repleta, y la curiosidad que suscitaban sus historias, no tardarían en establecer una buena relación con las autoridades locales, especialmente con el propio gobernador de Tánger, lo que le permitió instalarse confortablemente y le facilitó la aproximación al sector más distinguido de la población.

Los instrumentos científicos que mostraba a sus recientes amistades marroquíes, las observaciones astronómicas y geográficas que realizaba abiertamente y su familiaridad con las ciencias de Occidente le otorgaron, de inmediato, una importante reputación de sabio, además, de cierta popularidad de hombre piadoso por la ordenada vida de que hacía gala.

Una circunstancia fortuita le permitió entrevistarse con el sultán de Marruecos en el mismo Tánger. El propio gobernador de la ciudad presentó a Alí Bey al sultán y a importantes personajes de su corte, lo que le sería de gran utilidad en el futuro. Enterado el soberano del interés de Alí Bey en recorrer Marruecos con el fin de obtener determinados datos astronómicos de interés, obtuvo su autorización.

La razón de la presencia del sultán en Tánger era debida a la exigencia norteamericana de que confirmara personalmente en esta ciudad la validez de los acuerdos existentes entre los dos países, que habían sido puestos en entredicho por la captura de un barco de los Estados Unidos por otro mandado por un marroquí.

Haciendo uso de la referida autorización, el 25 de octubre de 1803, tras cuatro meses de forzosa estadía en Tánger, Alí Bey pudo emprender viaje hacia Mequinez y Fez a cuyas ciudades también se había dirigido el sultán pocos días antes.

Viaje a Mequinez y Fez. Al pasar por Mequinez, camino de Fez, Alí Bey fue acogido muy afectuosamente por el sultán que se interesó por conocer algunos de los instrumentos astronómicos de que disponía. Y le citó para encontrarse nuevamente en Fez.

A Fez llegó Alí Bey el 5 de noviembre de 1803 y permaneció en esta ciudad hasta el 27 de febrero de 1804.

Aunque en ella no pudo verse, apenas, con el sultán, en cambio hizo una gran amistad con el hijo del mocadem del santuario de Muley Idris, patrono de Fez, en cuya lujosa casa se alojó mientras permaneció en la ciudad.

En Fez incrementó la notoriedad como sabio que ya le precedía desde Tánger debido a que conocedor por unos calendarios astronómicos de que el día 10 de febrero se produciría un eclipse de sol, se permitió predecirlo con un gran despliegue de fantasía.

En prueba del aprecio en que le tenían, sus amigos de Fez le regalaron una joven esclava negra, a la que las mujeres del cherif Idris la bañaron, purificaron y perfumaron. Curiosamente, Ali Bey dejó escrito a este respecto, en su libro de viajes, que *«no pude vencer mi repugnancia a una negra de labios gruesos y nariz aplastada, de modo que la pobre mujer habrá quedado sin duda muy engañada en sus esperanzas»*.

En estas fechas, el coronel Amorós presionó a Alí Bey para que en el término de seis meses culminara su misión política en Marruecos, provocando si era preciso una rebelión de las tribus más independientes y belicosas. Le aseguró el envío de armamento y material para armar a los partidarios de tal rebelión y le indicó que un ejército de unos diez mil hombres estaría preparado al otro lado del Estrecho para saltar sobre Marruecos en cuanto Alí Bey avisara la posibilidad de éxito.

Según decía el coronel Amorós, tanto el Capitán General de Andalucía, marqués de Solana, como el Jefe de las tropas desplegadas en torno a Gibraltar, general Castaños, habrían iniciado ya los oportunos preparativos para situar en Ceuta los efectivos necesarios para desarrollar dicha operación.

Por su parte, y en lo íntimo de su pensamiento, Alí Bey estimaba que no carecía de coraje para llevar a cabo la misión que le había sido confiada, pero sí de cierta dosis de convicción. Valoraba toda su actuación, hasta aquel momento, como una mezcla de azar favorable y de una especial obstinación.

Pero que para completarla era preciso disponer de un plazo de tiempo mayor.

En el Marruecos central. La necesidad de mantener una buena relación personal con el sultán, como fundamento político de su viaje, impulsó a Alí Bey a abandonar Fez y trasladarse a Rabat en pos de la itinerante corte real, como una etapa indispensable aunque provisional para alcanzar la ciudad imperial.

Nada más llegar a Marrakech, Alí Bey supo que el sultán le aguardaba impaciente. Quería agasajarle y distinguirlo especialmente para obli-

garle a tomar la firme decisión de afincarse en Marruecos de forma definitiva.

A tal fin le regaló una propiedad real, denominada Semelalia, en la que debía instalar su hogar y le entregó un documento que así lo acreditaba. Además, para compensar la soledad de Alí Bey en su nueva residencia y demostrarle una amistad sin límites, el sultán le envió al día siguiente dos esclavas de su propio harén, una negra que le resultó indiferente y otra blanca, de nombre Mohanna, que fue de su total agrado y a la que consideró siempre como su fiel compañera.

Alí Bey, en plena felicidad personal y con el pleno convencimiento de haber cumplido perfectamente aquella parte de su misión que le exigía captarse la buena voluntad del sultán de Marruecos, se dedicó a profundizar sus trabajos astronómicos y sobre la geografía y la naturaleza regional. Pero hubo de recordar, bien a su pesar, el plazo de seis meses que el coronel Amorós le había señalado como fecha tope para culminar la totalidad de la misión que le había sido confiada.

Decidió trasladarse algún tiempo a Mogador para tantear los posibles indicios de desagrado de las tribus del sur hacia el gobierno del sultán. En aquella ciudad residían los vicecónsules de todas las naciones de Europa con representación en Marruecos, por lo que se había convertido en un buen centro de información. Entre tales vicecónsules se encontraba también, como es natural, el español, Antonio Rodríguez Sánchez, que cubría las funciones de enlace entre Alí Bey y Godoy desde que el coronel Amorós había regresado a Madrid.

El 30 de abril de 1804 llegaba Alí Bey a la vista de Mogador. Al frente de mil jinetes, los bajáes de las tres provincias limítrofes acudían a recibirle. Penetró en Mogador a la cabeza de aquel ejército tumultuoso, ante el asombro del cuerpo consular que contemplaba absorto el espectáculo.

Después de ponerse de acuerdo con el vicecónsul en Mogador en la cifra y medios de envío de cartas y caudales emprendió viaje para visitar la vertiente sur del Atlas. Trataría de establecer una coalición con los jeques de la zona.

Alí Bey quiso entender que los bajáes estaban de su parte y que le proporcionarían las fuerzas de choque necesarias para la posible rebelión. Tanto él como el vicecónsul español estaban viviendo momentos de exaltación, poseídos de un enardecido entusiasmo.

Regresó a Marrakech donde transcurrieron unos meses llenos de tensión nerviosa y gran excitación, a la espera de recibir noticias sobre la llegada a Ceuta de las armas y tropas españolas que deberían apoyar el movimiento rebelde de las tribus marroquíes del sur. Con carácter secreto, a

Domingo Badía le fue concedido el grado de Brigadier del Ejército español por resolución del 16 de agosto de 1804.

El vicecónsul en Mogador le hizo saber que las armas estaban a punto de embarcar en el puerto de Cádiz. Alí Bey señaló como fecha del comienzo de la rebelión la del día 15 de enero de 1805. No era un día cualquiera. Sus calendarios astronómicos señalaban que en dicha fecha se había de producir un importante eclipse de luna. Alí Bey estimó que la confusión que tal fenómeno introduciría entre la supersticiosa población marroquí habría de facilitar sus proyectos.

El eclipse del plan político. Inesperadamente, le llegó a Alí Bey un mensaje muy urgente desde Mogador por el que se le notificaba que cuando Godoy informó al rey Carlos IV de la inminencia de la operación sobre Marruecos, su majestad se negó en redondo a respaldarla. La operación quedaba suspendida.

Se había llegado, así, al momento más peligroso de la aventura marroquí, tanto para Godoy como para Alí Bey.

Godoy no podía correr el riesgo de que se conociera que el ardid de que un viaje científico, costado por el Estado y protagonizado por Alí Bey, encubría una conjura tramada para derribar al sultán de Marruecos y organizada a espaldas del rey Carlos IV. En lo personal, le hubiera costado su carrera política además, de propiciar, en lo nacional, una grave situación diplomática de carácter internacional.

Godoy era consciente de que, con independencia de que Alí Bey había llegado ya a culminar muy satisfactoriamente la misión política que le había sido encomendada de ganarse la confianza del sultán, no había dejado de dedicarse con la mayor intensidad posible al aspecto científico del viaje. Lo atestiguaba la cantidad realmente extraordinaria de trabajos de estas características presentados por Alí Bey en los veintiséis meses de su permanencia en Marruecos y cuyo inventario se conserva en el Archivo Histórico Nacional. (Por su interés, tal inventario se adjuntará a esta ponencia como Anexo número 1).

Lo más acertado para la ocasión, era mantener el proyecto de viaje científico, para cubrir mejor todas las apariencias, y conseguir que el rey Carlos IV aprobara tal decisión. Parece ser que la correspondiente consulta al soberano quedó resuelta, en lenguaje coloquial, con la siguiente orden real a Godoy: «Dile a Badía que abandone Marruecos cuanto antes y que prosiga sus viajes».

Por su parte, Alí Bey tenía que plantearse la forma de dar una explicación aceptable a quienes le habían asegurado que propiciarían una rebelión contra el sultán. ¿Hasta qué punto habían llegado, en realidad, los prepara-

tivos? ¿Los informes emitidos por Alí Bey pecaban de alguna dosis de la fantasía propia del personaje? Es un problema que nunca llegará a conocerse con exactitud, dado el carácter altamente secreto de la cuestión.

Pero es evidente que cualquier rumor sobre este tema que llegase a los oídos del sultán, o de su Corte, podría ocasionar a Alí Bey graves consecuencias. Por lo que se verá posteriormente, algún atisbo de ello pudo llegar a producirse. Lo aconsejable para Alí Bey era ausentarse de Marruecos lo antes posible.

Pero, para ello, necesitaba también despedirse del sultán, de una forma convincente, con el pretexto de querer peregrinar a La Meca tal y como era su fingida intención manifestada públicamente cuando llegó a Tánger el 29 de junio de 1803.

Las últimas instrucciones que le llegaron, con el acuerdo real, impulsaron a Alí Bey a emprender el camino que había de llevarle, a través de Trípoli y Egipto, a hacer posible su peregrinación ritual a los santuarios sagrados de La Meca y Medina.

Alí Bey, informador español en Oriente Próximo

Si los conocimientos de Alí Bey en relación con el idioma árabe pudieron ser relativamente escasos a su llegada a Marruecos, en 1803, a su salida no eran despreciables. Ahora dominará especialmente su nuevo personaje de un buen musulmán que realiza su peregrinaje ritual a los Lugares Santos.

En el mes de marzo de 1805, sale de Marrakech en dirección a Fez, acompañado por un séquito bastante numeroso en el que van incluidas las dos esclavas que le había regalado el sultán, con el propósito de viajar por tierra a Egipto.

Alcanza Uxda el 9 de junio, en el límite con el Oranesado, rumbo a Argel y en aquella ciudad le detiene una violenta insurrección que había estallado en Tlemecén contra el gobernador turco, lo que convertía en intransitable la ruta prevista para marchar hacia Levante.

De forma inesperada se incorpora a su séquito una importante guardia militar dispuesta por el sultán para protegerle en su viaje, según dice, con instrucciones precisas para que salga de Marruecos por Tánger, donde se embarcaría y viajaría con mayor seguridad. Pero, ya en el camino, su escolta le dirige hacia Larache a donde llegan el 17 de agosto. Aunque tratado con mucho agasajo, en el momento de embarcar, lo que se demora hasta el 13 de octubre, le obligan a dejar a todo su séquito, incluidas sus mujeres.

Más parece una expulsión en toda regla que una despedida afectuosa. Los temores de la llegada a oídos de la Corte del Sultán de rumores más o menos precisos sobre su actividad levantisca entre las tribus del Sur del país parecen quedar confirmados por estas escenas finales de su periplo marroquí.

Llegó a Trípoli en los primeros días del mes de noviembre de 1805 y enseguida trabó allí amistad con el bajá de la ciudad. Esta es otra de las circunstancias especiales a la que nos referiremos en una consideración particular.

En enero de 1806 tomó otro barco para que le llevase a Alejandría, en Egipto. Causa asombro saber que tardó cinco meses en llegar a Egipto desde Trípoli. Su barco había perdido el rumbo por una fuerte tormenta. Alí Bey tuvo que desembarcar en Chipre, donde permaneció durante dos meses.

En sus viajes por Oriente Próximo, Alí Bey libre ya de las servidumbres políticas e intrigas palaciegas unidas durante su misión en Marruecos, se entregará del todo a sus observaciones científicas, antropológicas y sociales, redactando una serie de apuntes, bosquejos históricos y cuadros de costumbres de los países que irá visitando.

Alguno de sus biógrafos se pregunta de dónde sacaba unos ingresos que le permitían mantenerse tantos meses viajando. Es otra cuestión que también trataremos en una consideración general posterior.

Su desembarco en Alejandría se produjo el 12 de mayo de 1806.

Será un tiempo especialmente interesante para su mejor información internacional, porque las luchas por el poder y las guerras de intereses se están librando encarnizadamente, en Egipto, entre turcos, franceses e ingleses.

Permanece siete meses en Egipto, durante los cuales consigue establecer unas buenas relaciones con todas las grandes figuras políticas del momento en este país y, en especial, con el cónsul francés.

Incorporado, en El Cairo, a una caravana de peregrinos a La Meca, conoce de primera mano la penosa marcha por el desierto de miles de devotos musulmanes y la travesía del mar Rojo de barcos cargados de fieles, que pone a prueba su resistencia física y moral a lo largo de dos meses para poder llegar a cumplir un piadoso deber.

Alí Bey, en esta ocasión, fue uno de los primeros europeos que consiguió visitar La Meca. Probablemente el tercero, después de Ludovico Bartemla que lo había hecho en 1503 y de Joseph Pitts, el británico cautivo de los turcos, en 1680. Pero seguramente el primero que lograra visitar los lugares santos del Islam, vedados a los infieles, con el embozo de un musulmán devoto.

Pero a Alí Bey se debe, sin discusión posible, la más antigua estimación de la posición geográfica de La Meca y una buena colección de croquis y dibujos de los templos. Las páginas más sugestivas de sus «Viajes» son las que atañen a esta peregrinación y a su recorrido por tierras de Arabia.

Medio siglo después, sir Richard Burton que realizó también una peregrinación a los Lugares Santos utilizó el libro de Alí Bey como guía indispensable y referencia absoluta para su mejor información y, en las descripciones de su viaje que realiza, reproduce varios de los gráficos señalados y se refiere constantemente a su predecesor en la aventura.

Durante la estancia de Alí Bey en tierras de Arabia será testigo de los inicios de la revolución wahhabita que defiende un Islam primitivo y rigorista y que, en el período de tiempo comprendido entre 1803 y 1814, fuertemente aliada con el emir Abd al-Azis ibn Saud hubo de poner en graves aprietos al imperio otomano en la región.

Debe señalarse que aunque en febrero de 1807 ya había finalizado su peregrinación, no regresó a El Cairo hasta el mes de junio, habiendo dedicado este tiempo intermedio en estudiar a fondo las circunstancias políticas y etnográficas de una extensa zona de la Arabia dominada por los wahhabitas.

Inicia, en este tiempo, su viaje de regreso a los orígenes. Queda por visitar Palestina en donde realiza un curioso ejercicio de sincretismo al describir los templos y conventos cristianos, sean estos católicos u ortodoxos, las mezquitas y hasta las sinagogas. Pone de relieve la gran cantidad de frailes españoles que va encontrando por los diversos monasterios. Nos adentra en un mundo extraño en el que la religión importa menos y la vida político-religiosa más. La única excepción la señala en el templo de El Aksa, del que hace una magnífica descripción, consciente de que nadie en Occidente había podido estudiarlo como él ha hecho.

El 19 de agosto, casi un mes después de llegar a Jerusalén, sale para Damasco de donde parte el día 30. Llegará a Constantinopla el 21 de octubre de 1807 tras un curioso y arduo recorrido por toda la Anatolia turca.

Permanecerá en Constantinopla durante un mes y medio, huésped del embajador de España en esta capital, marqués de Almenara.

Alí Bey da por concluido su «Viaje» a partir del 19 de diciembre de 1807 y parte camino de Viena. En este momento termina la asombrosa vida del personaje Alí Bey. La historia posterior de Domingo Badía se expondrá en el Anexo 2.

Documentación básica sobre Alí Bey

Está constituida, fundamentalmente, por el libro de viajes que él mismo publicó y por la correspondencia secreta y los informes cifrados procedentes de diversos archivos. Los expondremos por separado:

1. En 1814 se publicó por primera vez, y en francés, un libro que con el título de «*Voyages d' Alí Bey en Afrique et en Asie pendant les années 1803, 1804, 1805, 1806 et 1807*» proporcionaba la relación escrita de las aventuras y los estudios efectuados por Alí Bey el Abbasi. Había sido presentado por Domingo Badía a los editores con el subterfugio de que se trataba de un texto que un amigo suyo le había remitido desde Constantinopla y encontrado entre las pertenencias del difunto príncipe abbasida. La obra constaba de tres volúmenes y un atlas con explicaciones de las láminas que contenía (83 en total y 5 mapas). Dos años después, en el 1816, se tradujo al inglés y al alemán ; en 1817 al italiano. Su verdadero autor no fue descubierto hasta que, en el año 1836, Godoy hizo publicar en sus Memorias que Domingo Badía, bajo el disfraz de Alí Bey, había sido un agente secreto a su servicio. La primera versión castellana del libro no llegó hasta este mismo año de 1836, en Valencia, y en ella se indicaba ya en el prólogo que había sido redactado realmente por Domingo Badía. La primera versión catalana esperó hasta el año 1888. Se ha comentado que el texto, considerado como un libro de viajes científico, resulta irreprochable. Todo el material que aporta es extraordinario y de la máxima fiabilidad en la mayoría de los casos. Como relato de aventuras e intrigas es apasionante pero, como es lógico en el relato informal de un espía profesional, resulta fantástico, interesado, confuso y escrito a la defensiva.
2. Los pormenores de la intriga fueron descubiertos por el erudito José Gómez de Arteche en los archivos del duque de Bailén, y reproducidos en su obra «Nieblas de la Historia de España» (Barcelona, 1888). Por otra parte, en 1989 se publicó en la barcelonesa «Revista de Catalunya» la noticia del encuentro en París, por el señor Eduardo Toda, de los papeles de Alí Bey. Estos documentos reunidos en forma de «Colección Toda» se encuentran depositados en el Archivo Histórico Municipal de Barcelona.

El escritor Víctor Balaguer obtuvo del Ayuntamiento de esta ciudad que se diera el nombre de Alí Bey a una calle nueva de Barcelona en el Ensanche. Era un homenaje al barcelonés que había sabido encarnar tan espléndidamente al supuesto príncipe abbasida.

3. A partir de los datos que se reflejan en toda la documentación señalada se ha editado toda una nutrida serie de biografías más o menos críticas o novelescas con la aventura de Domingo Badía. Abarcan todas las calificaciones sobre el mismo que ya se apuntaron al comienzo de esta ponencia, cuando realizamos nuestra aproximación al personaje.

Merece la pena dejar constancia de la que, muy concisamente, expone el historiador don Carlos Seco Serrano en su Estudio preliminar a las Memorias de Godoy. Dice de Godoy que *«dejando ahora a un lado lo que constituyó siempre su gran orgullo –la lucha por el progreso intelectual y material del país– bastaría mencionar, en otro orden de cosas, su intento de establecer a España en el norte de África mediante la misión –abortada para nuestra política por timidez y cortedad de miras de Carlos IV, pero traducida en cosecha interesantísima para la ciencia geográfica– del famoso Badía»*.

Resumiendo las calificaciones críticas recaídas sobre la figura de Alí Bey podríamos agruparlas, finalmente, con las correspondientes a un personaje científico, histrión, informador, espía, conspirador, aventurero y, sin ninguna duda, valiente.

Toda una serie de características que encajan en una perfecta personificación de dos conceptos que el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española define en la forma siguiente:

Aventurero, el que interviene voluntariamente en situaciones de riesgo, peligro inopinado y empresas de resultado incierto.

Héroe, varón ilustre y famoso por sus hazañas.

Alí Bey fue, como consecuencia, un protagonista en su tiempo del héroe y del aventurero.

Y puede resultar oportuno, en este momento, una manifestación de acuerdo con Pío Baroja que dejó escrito en «El sabor de la venganza» que hay quienes creen que:

«El mundo puede hacer desaparecer con el tiempo a los héroes y a los aventureros. Esta idea me parece falsa y ridícula. Siempre habrá un desequilibrio entre la realidad y la

utopía que permita una aventura al que tenga fondo de aventurero».

Alí Bey sigue siendo, hoy día, un guía formidable para quienes mantienen su actividad vital entre «la realidad y la utopía».

Consideración especial

A lo largo de las páginas anteriores ha venido exponiéndose el mundo mágico, fantástico y a la vez lleno de inquietudes científicas del personaje Alí Bey, pero no sería justo dejar en el olvido, en este momento, una merecida alusión a la callada, eficaz y brillante actuación de la amplia infraestructura de apoyo logístico que lo hizo posible.

Durante el relato de los viajes de Ali Bey se han señalado tres circunstancias específicas que deben ser destacadas en particular:

- La adecuada valoración que supo hacer el Gobierno español de la muy importante inversión económica que sería necesario realizar para poder sostener la ficción de un personaje principesco, de familia muy adinerada y acostumbrado a viajar desplegado un boato que debía impresionar a sus interlocutores, cualquiera que fuese su correspondiente nivel social y político.
En este mismo apartado, y de una forma destacada, resalta la justa previsión adoptada en relación con los apoyos financieros a la familia de Domingo Badía mientras durase su aventura.
- La perfecta coordinación de los correspondientes ingresos económicos, en tiempo y lugar, que impidieron que Alí Bey sufriera dificultades dinerarias durante el transcurso de sus viajes. Y no debe olvidarse que estos tuvieron lugar durante cinco años, y a lo largo de grandes distancias.
- Finalmente, el oportuno sistema de presentación del personaje a las autoridades de los países que visitaba y que le permitía ambientarse en ellos sin ninguna dificultad especial. Marruecos fue el único país en que la escalada de Ali Bey a los más altos niveles sociales y políticos, incluido el muy exclusivo del Sultán, fue conseguida por méritos propios.

En contraposición a todo este balance positivo, tampoco puede ignorarse la sorpresa que produce la falta de precauciones y la imprudencia man-

tenida durante la preparación del viaje en cuanto a la difusión del proyecto entre un importante número de personalidades científicas en París y Londres, según se ha comentado en el texto de «Alí Bey. Viajes por Marruecos», en el que se dice que: «*El que las autoridades de los países que iba a visitar no se enterasen del viaje proyectado se debe tanto a la casualidad como al bajísimo nivel de los contactos de Europa con los países musulmanes*».

Anexo núm. 1

Índice de los trabajos, láminas y planos relativos a Marruecos enviados a Godoy por Alí Bey durante su misión en este país:

- Un cuaderno titulado mis primeros quince días de África.
- Un tomo del viaje desde Tánger a Fez y desde Fez a Rabat.
- Un cuaderno del viaje desde Rabat a Marrakech.
- Otro con el último viaje hecho en Marruecos desde Fez a Uxda, donde retrocedió por impedirle continuar su viaje por tierra al interior la revolución de Argel.
- Otro sobre la historia natural de Tánger.
- Otro sobre los pesos, medidas, monedas y varias observaciones también de Tánger.
- Otro con un plan militar.
- Observaciones astronómicas y meteorológicas hechas en Tánger.
- Una nota refiriendo su presentación en la Corte del emperador de Marruecos.
- Observaciones astronómicas y meteorológicas hechas en Marrakech y en el Real Sitio de Semelalia.
- Id. de las que practicó en Fez, Rabat, Darbeida, Azamur, Mogador, Uxda, Taza y Larache.
- Una nota sobre el desierto del Sahara.
- Otra sobre la lengua Brébe llamada impropriamente Berber o Berebere.
- Otra sobre los Santos, Mezquitas y Judíos de Marruecos.
- Otra sobre la Caballería Árabe.
- Otra sobre varios puntos de historia natural.

Planos y láminas:

- Plano de Tánger, su Bahía e inmediaciones.
- Vista de la Alcazaba.

- Plano de la Mezquita principal, Cátedra de lectura y púlpito.
- Tiendas de Tánger, sepulturas, música e instrumento astronómico, con el Calendario de Marruecos.
- Un mapa de la capital y su explicación.
- El panorama de Marrakech.
- Tres láminas de moros a caballo y guerreando.
- Una de la función militar que mandó Alí Bey en Mogador.
- Otra del Real Sitio de Semelalia que le regaló el Sultán.
- Cartas geográficas con la demarcación de sus rutas.

(El documento original, que forma parte de una carta de Godoy de fecha 1 de marzo de 1808, se encuentra depositado en el Archivo Histórico Nacional, Estado, Legajo 5803).

Anexo núm. 2

Domingo Badía Leblích, el afrancesado

El mes de diciembre de 1807 marcó, en Constantinopla, el punto final de la existencia del personaje conocido con el nombre de Alí Bey. A partir de esta fecha, Domingo Badía iba a iniciar (ya con ropaje europeo) un lento regreso a sus orígenes, agobiado físicamente por el rebrote de una vieja dolencia biliar que renovó sus ataques a su paso por Viena y por Munich.

Llegó a París en abril de 1808 seis años después de haber emprendido, desde esta misma ciudad, los primeros pasos de su aventura. Con toda seguridad, nunca habría podido imaginar los cambios tan radicales que, ahora, iba a conocer en relación con el ámbito político español.

El 9 de mayo de 1808 llegó a Bayona, donde encontró reunida la Corte madrileña. El rey, el príncipe de Asturias y todos los infantes habían abdicado en Napoleón.

Allí también estaban Godoy y el coronel Amorós que constituían, para Domingo Badía, el más firme y seguro eslabón que unía su pasado reciente con el futuro que estaba dispuesto a emprender.

Al día siguiente se presentó al destronado Carlos IV, quien le ordenó que se pusiera a las órdenes del emperador Napoleón.

Badía permaneció hasta mediados de julio en Bayona, donde se van reuniendo numerosos personajes de la vida política de España, entre los que se encuentra, también, el marqués de Almenara antiguo embajador español en Constantinopla.

Por fin el 7 de julio, cuando ya José Bonaparte, hermano del emperador, ha sido investido rey con el nombre de José I, 92 diputados allí reunidos proclaman una nueva Constitución española. Entre sus firmantes encontramos al príncipe de Castel-Franco, antiguo protector de Badía durante su estancia en Madrid, antes de su viaje.

Ese mismo día el rey José I juró la nueva Constitución y, al día siguiente, partió para Madrid. Domingo Badía formaba parte de su séquito.

Unos meses más tarde, el rey intruso José I le nombró Intendente de Segovia, haciéndose cargo del gobierno de la provincia.

En abril de 1810, Badía fue nombrado Intendente de Córdoba y, casi inmediatamente como consecuencia de una reorganización de la administración territorial, Prefecto de dicha provincia, acumulando las funciones de Comisario Regio y de Intendente.

Fue un período de gobierno provincial que duró un año y que Badía desempeñó con el entusiasmo de un ilustrado, colmándolo de reformas y proyectos.

A finales de 1812, aprovechando una oferta que le había hecho Napoleón cuatro años antes para que preparase la edición de sus viajes, se trasladó a París casi al mismo tiempo que el Emperador, quien regresaba derrotado de Rusia. Los tiempos inmediatamente posteriores, también en Francia, iban a ser poco propicios para la necesaria serenidad que precisa un autor para dar los trazos finales a su obra.

Cuando ésta apareció publicada, en julio de 1814, ya iba dedicada por Badía al rey Luis XVIII.

En 1817, el gobierno francés le propone que vuelva a encarnar el personaje de un rico musulmán que viaje por Oriente sin levantar sospechas, con el objetivo de informar sobre la ruta de las Indias. En esta ocasión usará el nombre de Haj Alí Otmán.

Sale de París a principios del año 1818 y en el mes de marzo está ya en Constantinopla. Pero su espíritu está conturbado. Teme por su seguridad personal. En Damasco, en el mes de julio, se une a una caravana de peregrinos.

El 31 de agosto de 1818, cuando sus dos criados van a despertarlo, lo encuentran muerto en su litera.

Como es de suponer, surge inmediatamente un cúmulo de teorías sobre su muerte. Todas se entremezclan para dar forma al mito. Circularon versiones sobre un posible envenenamiento por cuenta de los servicios secretos ingleses.

En Francia nunca se informó oficialmente de estos sucesos.

BIBLIOGRAFÍA

Libros:

- Enciclopedia Espasa-Calpe, Voz: *Badía Lebllich Domingo*.
- ROMANO, Julio: *Viajes de Ali Bey el Abbasi*, Instituto de Estudios Africanos, Madrid, 1951.
- Viajes por Marruecos, Trípoli, Grecia y Egipto*. Prólogo de Juan Goytisolo, Editor, José J. de Olañeta, Palma de Mallorca, 1982.
- Viajes por Arabia, Palestina, Siria y Turquía*, Igual editor, 1982.
- VVOO: *Nueva historia de España*, EDAF, Madrid, 1982.
- Alí Bey. Viajes por Marruecos*, edición preparada por Salvador Barberá, Editora Nacional, Madrid, 1985.
- MAYRATA, Ramón: *Alí Bey el Abasí. Un cristiano en la Meca*, Editorial Planeta, Barcelona, 1995.
- Alí Bey. *Un pelegrí catalá per terres de l'Islam*, Museu Etnològic de Barcelona, 1996, Edición bilingüe.

Artículos:

- BADÍA, Domingo: «Sus audaces viajes y proyectos», Ramón Ezquerra Abadía, *Revista de Archivos del Instituto de Estudios Africanos*, 1947.
- GARCÍA BLANCO-CICIERÓN: «Alí Bey. Un espía en la corte de Marruecos», *Historia* 16, nº 73, mayo, 1982.
- FERNÁNDEZ, Antonio: «El catalán Alí Bey, el primer occidental que entró en la Meca», *Revista Tiempo*, 4 de noviembre de 1996.
- ZUÑIGA, Ramón: «Alí Bey, el espía que quiso reinar», *Revista La Aventura de la Historia*, nº 69, julio de 2004.